

Lunes, 5 de octubre de 2020

“¡Señor, que sepamos reconocerte en el hermano!”

Ga 1,6-12 Algunos quieren deformar el Evangelio de Cristo.

Sal 110,1-10 Clemente y compasivo es Dios.

Lc 10,25-37 Pasó un samaritano y al verle tuvo compasión.

Vivimos en un mundo convulso, cambiante, lleno de mentiras, de medias verdades, que pone a prueba vivir el Evangelio que hemos recibido del Señor. Tenemos multitud de leyes para todo, pero no aceptamos la ley del amor que nos hace humanos, más fraternos. El amor que, como nos recuerda San Pablo, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta... El Evangelio es una fuerza de salvación para todo el que cree (Rm 1,16). No olvidemos que el amor se nos ha dado.

Podemos preguntarnos, ¿quién es Dios, qué idea tengo de Dios? El salmo nos habla de un Dios clemente, compasivo, que alcanza a todos. Con una fe en el hombre que está por encima de todos nuestros pecados, infidelidades e indiferencias. A todos nos ama, y para salvarnos ha enviado a su Hijo, Jesús, para que nos traiga la salvación.

¿Qué tengo que hacer para tener la salvación, una vida de verdad que sepa a eternidad? No existe otro camino que el del amor, el de la misericordia, de la comprensión, el de la compasión: lleno de ternura, de cercanía, de cariño... Estamos llamados al amor de Cristo Jesús que quiere vivir con y en cada uno de nosotros: Amaos como Yo os he amado.

Escuchemos la palabra de Dios para saber lo que le agrada, lo bueno, lo perfecto, para que lo que digas sea agradable, constructivo y oportuno.

La experiencia nos lleva al convencimiento, por tanto, fundamentemos nuestra vida en la fe experimentada, porque, ¡qué fracaso supone empezar acogiendo el Espíritu y terminar en la carne!

Sábado, 10 de octubre de 2020

“¡No vivas como esclavo, eres hijo, heredero del Dios-Amor!”

Ga 3,22-29 Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús.

Sal 104,2-7 Buscad a Dios, id tras su rostro.

Lc 11,27-28 Dichosos los que oyen la palabra y la guardan.

Todos somos hijos de Dios... Él nos pensó, nos formó, nos creó desde la eternidad para que fuéramos su familia, los herederos de su promesa; los llamados a llevar, transmitir, contagiar su amor a todos. Pero, ¿nos creemos en serio que somos hijos?, y si lo somos, ¿por qué vivimos aún alejados del amor del Padre, sin conocerle, sin escucharle, sin compartir con Él lo que somos, lo que tenemos, lo que añoramos y soñamos?

Estamos necesitados de Dios, aunque no nos demos cuenta. Tenemos hambre y sed de Dios. Vivimos inquietos, medrosos, acobardados por los acontecimientos de la vida, porque no tenemos fe en Aquél que nos sostiene, nos cuida y nos ama con locura. La fe nos viene por la escucha de la Palabra, de dejar que la voz de Dios nos vaya susurrando lo importantes que somos para Él. No somos esclavos, somos hijos, y como hijos estamos llamados a vivir la comunión con el Padre.

¡Oh, si escucharais hoy su voz! (Sal 94) ¡Cómo nos cambiaría la vida si escuchásemos la palabra de Dios! Si dejásemos que su Palabra formara parte de nuestra vida. Nos habla para el vivir de cada día.

Dice Pablo: **La fe nos viene por la predicación y la predicación por la Palabra de Cristo** (Rm 10,17). Jesús es la Palabra encarnada del Padre, que se hace vida y camino para todos los hombres. Dichosos seremos si le escuchamos, pues en la Palabra está la vida, está el amor, está la respuesta a nuestras angustias y miedos. No endurezcamos el corazón, dejemos que Dios sea nuestro Dios. Las palabras de Jesús: “levántate”, “ponte en pie”, son una invitación al seguimiento.

Miércoles, 7 de octubre de 2020

“Llamar a Dios: Padre, nos ayuda a reconocernos hermanos”

Ga 2,1-2.7-14 El que actuó en Pedro, actuó también en mí.

Sal 116,1-2 La verdad de Dios dura por siempre.

Lc 11,1-4 “Señor, enséñanos a orar”.

Cuando dejamos a la Palabra de Dios habitar en nosotros, nuestra mente piensa como él, y el corazón actúa según su voluntad con los dones que cada cual recibe. Porque el Espíritu que habita en nosotros lo recibimos de Dios. Así viviremos en la Verdad que emana del corazón de Dios, y que nos impulsa a amar, a perdonar, a ver en el otro a Cristo.

Sin darnos cuenta tenemos muchos tabúes, ponemos muchas barreras a aquéllos que no son de los nuestros. Vivimos tiempos en los que la discriminación, el ver al otro como posible enemigo de nuestra fe, nos encierra en nosotros mismos. Y Jesús nos muestra hoy que para Dios todos somos hijos: unos lejos, otros cerca, unos pródigos, otros viviendo en casa; pero todos hijos, todos creados con el mismo amor, todos esperados, buscados, deseados de igual manera.

Los discípulos le piden a Jesús que les enseñe a orar. Perciben que cuando Jesús ora, todo es posible para Él, ninguna dificultad le supone una barrera para no amar, acoger, curar y salvar. Y ellos quieren ser como Jesús; quieren, como Él, pasar por la vida haciendo el bien, sembrando la paz, llevando esperanza.

Cuando oréis decid: **Padre nuestro**; asimilad, comprended, que Dios es Padre de todos y por tanto todos somos hermanos. Sin distinción, sin privilegios, cada uno de nosotros amados hasta las últimas consecuencias.

Seamos coherentes con lo que decimos ser. ¿Eres cristiano? Compórtate, vive como tal, no seas de los que dicen y no hacen, de los que exigen a otros lo que ellos no dan. ¿Cómo puede un hombre pedir perdón, cuando él no perdona? Un cristiano tiene más razones.

Jueves, 8 de octubre de 2020

“¡Ábrete a la Palabra, al amor de Dios, y serás luz para otros!”

Ga 3,1-5 ¿Recibisteis el Espíritu por la Ley o por la fe?

Sal Lc 1,69-75 Que podamos servirle en santidad y justicia.

Lc 11,5-13 Pedid y se os dará, buscad y hallaréis.

Dios se derrama en amor y misericordia en nuestras vidas; nos da su Espíritu para que no nos dejemos llevar por las cosas del mundo, sino que vivamos con los ojos fijos en Él, que nos muestra en su palabra cual es el camino que nos lleva a su amor.

Por el Bautismo recibimos el Espíritu Santo, que nos hace hijos, familia de Dios, pero el Bautismo, los Sacramentos, la Eucaristía, no son algo mágico que recibimos y ya está, son la gracia, el regalo que se nos da para que vivamos la encarnación de Cristo Jesús.

La vida, el mundo, las circunstancias de cada uno, si no lo vivimos unidos a Cristo Jesús, se irá enfriando el amor hasta llegar a pensar que seguirle es cosa de otros, y que podemos vivir por nuestra cuenta. Nos alejamos de su amor y nos encontramos con el egoísmo. Nos viene el abandono, y aunque tengamos compañía estaremos en soledad.

Si no siento la mirada, la presencia de Dios en mi vida, ¿para qué tanto esfuerzo? ¿De qué sirven tantos placeres, tantos afanes...? Nuestra vida, que ha sido creada para el amor, y así es sal y luz para los demás; pero si la sal se vuelve sosa, insípida, ¿para qué sirve?

Por eso, Jesús, que conoce nuestras debilidades, nos invita cada día a orar, a escuchar su palabra, a dejarnos calentar el corazón, a sentir cómo su Espíritu nos revoluciona, nos anima, nos levanta de nuestro ostracismo y nos envía, como envió a sus discípulos a llevar su amor, la Buena Noticia del Reino, amando a los demás.

Somos débiles, pobres, perezosos, pero Dios nunca se separa de nosotros. Pidámosle que nos ayude a sentir su presencia, a experimentar el calor de su amor; a saber, que siempre somos amados.

Viernes, 9 de octubre de 2020

“¡Bienaventurado, tú, porque has creído!”

Ga 3,7-14 En ti serán bendecidas todas las naciones.

Sal 110,1-6 El Señor se acuerda por siempre de su alianza.

Lc 11,15-26 El que no coge conmigo, desparrama.

Nadie cree en aquello que no conoce, que no ha visto ni ha oído. Vivimos unos tiempos en los que se nos habla mucho y no llegamos a digerir; y, sin pensar demasiado, no llegamos a discernir la verdad de la mentira. Sin embargo, cuestionamos y ponemos en duda lo que Dios nos dice por medio de su palabra y de tantas personas que nos hablan de Él.

¿Qué nos pasa? ¿Qué nos impide creer en lo que Dios tiene que decir a nuestras vidas? Nos falta escucharle. Dios nos habla de un Reino de amor, de que somos hijos, que somos la niña de sus ojos, preciosos, estimados, queridos, ¿por qué no le creemos? Cuando alguien nos dice que nos quiere, nos sentimos felices, importantes, valiosos; sin embargo, cuando es Dios el que nos lo dice, pensamos: ¡Tonterías!, **¿de veras que Dios se va a ocupar de mi causa?** (Is 49). Pues sí, no sólo se ocupa de nuestra causa, sino que nos llama a ser luz en medio del mundo, a comprender que somos su medio para expresar su amor de que lo vean y lo gocen.

Dios habló a Abraham y éste creyó en su palabra. Esta fe ha sido el cimiento de los que hoy nos llamamos creyentes. Dios nos habla hoy a nosotros y también quiere hacer con nosotros una alianza de amor, para que, junto a Él, podamos construir entre todos un mundo mejor.

Las cosas no se solucionan solas. Nosotros, muchas veces, las ponemos peor de lo que están; por eso es tan importante que nos pongamos en la misma sintonía de Dios. Hablar con Él, “discutir” con Él, reflexionar con Él, para que podamos comprender que será por nuestra fe, por medio de la cual Dios haga posibles las cosas. **Que se haga según has creído.**

Martes, 6 de octubre de 2020

“Gracias, Señor, porque esté donde esté, Tú me amas”

Ga 1,13-24 El que antes nos perseguía, ahora anuncia a Cristo.

Sal 138,1-15 ¿A dónde iré yo lejos de tu Espíritu?

Lc 10,38-42 María, sentada a los pies del Señor, le escuchaba.

¡Qué bueno!, poder ir descubriendo cómo, el Señor, va haciendo un camino de vida y amor en cada uno de nosotros. Somos ovejas de su rebaño; ovejas que, a veces, vivimos a nuestro libre albedrío. Sin embargo, Dios siempre sale a nuestro encuentro.

Dios nos ama, nos llama, nos busca (Gn3,9), ve en cada uno de nosotros lo bueno que ha puesto en cada uno, y lo menos bueno y, aun así, cuenta con nuestras vidas, nos llama a ser su amor y a anunciar su palabra, para que los hombres lo conozcan y se dejen amar.

La experiencia de Pablo fue descubrir que el Señor perdonaba todo el mal que había hecho y contaba con él para llevar la buena noticia a todas las gentes: **Separadme a Pablo para la obra a la que le he llamado** (Hch 13,2).

Todos tenemos una misión en la vida; Dios cuenta con cada uno de nosotros para ser su amor amando. Puede que hoy estemos aún lejos de comprender y disfrutar de esa experiencia de amor, de perdón. Por eso, Dios nos llama a la conversión, a sentarnos como María a sus pies y escucharle, de manera que sus palabras penetren hasta el hondón de nuestra alma y transforme nuestro modo de pensar, sentir y vivir.

¿Para qué nos ha creado y nos ha puesto donde estamos? Cada cual donde está, con quienes convive, etc., es llamado a ser testigo de su amor para con toda persona sin distinción.

Son muchos los que viven lejos de este amor, los que no han oído su palabra; a ellos somos enviados los cristianos, porque el Reino, la Iglesia de Dios, no está completa si falta uno solo de sus hijos, si su amor y su palabra no llega al corazón de todos los hombres.

Domingo, 11 de octubre de 2020 **28º del Tiempo Ordinario**

“¡Ven, amada mía, el tiempo de las canciones ha llegado!”

Is 25,6-10a El Señor, quitará el oprobio de su pueblo.

Sal 22,1-6 Ningún mal temeré, porque Tú, Señor, vas conmigo.

Flp 4,12-14. 19-20 Todo lo puedo en Aquél que me conforta.

Mt 22,1-14 Mirad, mi banquete está preparado: Venid a la boda.

A veces, tenemos miedo de que Dios se acerque a nuestras vidas, porque pensamos que nos va a quitar cosas, maneras de vivir, formas de pensar; y quizás lo pensemos así, pero nadie deja algo bueno si no es por otra cosa mejor. Y el Padre, ¿no va a querer lo mejor para sus hijos si para eso nos ha creado?

Lo que nos ofrece es un banquete de bodas para cada uno. Quiere que vivamos la alianza con Él. ¿Cómo nos va a querer desgraciados, tristes, cansados... Nos invita a la boda entre Él y cada uno de nosotros. Una boda donde saciar nuestra hambre y que reine la alegría, donde el gozar sea nuestra forma de vivir.

No te llamarán abandonada; ni tu tierra estará desolada; a ti te llamarán mi complacencia, y tu tierra tendrá esposo. Porque Dios se complacerá en ti, se casará contigo, tu Dios se gozará por ti. Serás corona preciosa en manos de tu Dios (Is 62).

¿Acaso estas palabras no enamoran? Es la Palabra de Dios, la que nos habla al corazón la que nos seduce. La Palabra es el banquete donde Dios se derrama en amor y ternura, donde todo hombre que se acerca a Ella entiende cuánto es amado, valorado, mimado por Dios.

Dios nos invita hoy a vivir la vida con Él para lo bueno y lo malo. Nos invita a compartir con Él nuestros problemas, tristezas y alegrías. Es el eterno enamorado, el que siempre está, el que siempre nos ofrece su hombro para llorar y su corazón para seguirle.

El banquete está preparado: ¡Ven a la boda!, deja tu vida mediocre y comienza a vivir la vida a lo grande junto a tu Dios.

Pautas de oración

La Fe ha de tener sabor a fiesta.



Estamos invitados por el Padre.

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES